

Jorge Enrique Vargas Luza

Jorge Enrique Vargas Luza (Oruro, 1953). Técnico electricista, Museólogo-folklorista y escritor novel, que viene ensayando positivamente, un estilo narrativo de significativo alcance de fantasía, muy cerca a una estructurada forma de cuento para niños. Al mismo tiempo, asistido por su calidad de folklorista, integrante de una de las fraternidades de mayor prestigio del Carnaval de Oruro y por sus inquietudes museológicas, practica un tipo de ensayo acorde a esta especialidad en el campo de la cultura popular que ya el pasado año, presentó a la opinión pública, su primer libro: "La Diablada de Oruro, sus máscaras y caretas". Plural editores, La Paz-Bolivia, el mismo que trata temas didactizados sobre la Diablada y la artesanía regional; indudablemente un valioso aporte a la bibliografía folklórica regional y un intento más por preservar los valores culturales de la nación.

Es fundador y Director del Centro Cultural "Supay" que recientemente ha inaugurado "El Primer Museo Tradicional y Popular", dedicado a mostrar la riqueza folklórica de la Capital del Folklore Boliviano.



Un ruseñor y una rosa (cuento)

Jorge E. Vargas Luza

El febril ajetreo en las calles de la ciudad, servía de marco especial, a las sonoras notas musicales de las bandas, que cual si fueran trinos de las aves al volar, contagiaban su ritmo alegre a todas las bellas flores. Ellas al participar de la fiesta patronal en aquella mañana plena de sol, lucían con esplendor sus mejores galas.

Habían esperado con ansias durante todo el año, los calurosos días del verano altiplánico, para bailar en el famoso carnaval, las diferentes danzas del folklore nacional.

Al compás de una morenada, los Gladiolos risueños tomaban de las manos a las elegantes Petunias, que frenéticamente mecían sus pétalos semejando mantillas ricamente bordadas.

También los Nardos altivos en su danza de tobas, brincaban junto a las Margaritas, como tratando de atrapar con sus corolas, los brillantes rayos del sol.

Los Tulipanes afanosamente buscaban a las Azaleas, para coordinar el inicio de la vigorosa danza de caporales, que con sus movimientos buscaban arrebatar, uno a otro su real intimidad.

Soberbios lucían los Jazmines, que encajados en trajes maravillosos de Diablos de la "Fraternidad", preparaban sus espuelas para hacer gala de su poderío y elegancia, mientras que los Claveles cubiertos con enormes capas y representando a los majestuosos Luciferes, estaban listos para formar parejas con las coquetas Azucenas disfrazadas de China Diablas.

Entre tanto las alegres Ilusiones, con trajes de Diablesas brincoteaban bulliciosas, rodeando al conjunto de Golondrinas que se preparaba a inter-

pretar con sus trinos la danza marcial de la Diablada.

¡Vamos Ya!. ¡ñufla sí! ¡Salto aquí, vuelta Allá!... eran los gritos eufóricos que se escuchaban de aquel ramillete de flores. La danza había iniciado arrancando a su paso, aplausos y aclamaciones de las flores espectadoras.

Una lluvia de multicolores mixturas y serpentinatas, cubría la explanada cual alfombra destinada a realzar la presentación por la avenida del jardín.

Atraído por el tronar de coheteros, un curioso y enamorado Ruseñor, revoloteando muy cerca observaba a la espléndida agrupación de flores, que bailaban con algarabía y sentimiento, la danza de la Diablada tradicional del lugar.

¡Idas y venidas!... ¡Saltos a ganar! y vueltas a ambos lados, que realizaban las flores en su bailar, atolondraron al pequeño Ruseñor, que con cada movimiento de sus alas parecía acompañar, las dulces notas que las musicales Golondrinas expresaban.

¡De pronto!... los ojos del Ruseñor, advirtieron la impresionante figura de una China Supay que se distinguía de las demás y apurando su vuelo en picada, se acercó a ella para poderla admirar.

Era una Rosa roja, la única y hermosa Rosa en todo el vergel; el corazón del pequeño pajarillo comenzó a latir, sintiendo los flechazos de un inmenso como inesperado amor.

A medida que la agrupación recorría el jardín, la Rosa interpretaba magistralmente la danza deslumbrando a cuantos la miraban. Sus pétalos abiertos, recibían los rayos del sol, transformándose con su alegría en infinitos hilos de colores que al bailar repartía.

Habiendo notado la Rosa la presencia del Ruseñor, lanzó un extremo del imaginario hilo en

dirección del ave, dándole a entender que su amor era correspondido, mientras la otra punta quedaba enredada a su pelo.

Embragado por la alegría el Ruseñor batió sus pequeñas alas, hasta coger con su pico el esperado mensaje.

A partir de ese momento, el baile de la Rosa creció en entusiasmo, sus brincos y vueltas parecían estar animadas por el viento, que le permitía una gracia inconfundible, en tanto el Ruseñor bailaba en torno a ella confundido por la alegría y esperando la oportunidad para cantarle su ventura.

Enceguecidos por su amor, ninguno se percató que aquel lazo imaginario, había trazado una extraña y nefasta madeja que acortaba la distancia entre uno y otro; cuando de improviso fueron atraídos con violencia.

La sorpresa del momento, hizo que el Ruseñor perdiera control e impactara con su corazón, precisamente en una espina de la Rosa quedando clavado y herido de muerte.

La angustiada Rosa, apenas pudo escuchar la declaración de su moribundo amado y sus lágrimas que bañaban sus mejillas rodaron hasta mezclarse con la sangre del Ruseñor, que emitía sus últimos suspiros abrazado entre sus pétalos.

Ninguno podía comprender al destino infame y burlón, que les había mostrado la ilusión de un gran amor y sin embargo, con cantos de quimeras, cerraba para siempre los ojos del enamorado Ruseñor.

Las musiqueras Golondrinas que advirtieron la tragedia, vistieron todas de Luto y fueron recogiendo una a una las lágrimas de la Rosa convirtiéndolas en multicolores perlas y las gotas se sangre del Ruseñor en finísimos hilos de oro y plata, para labrar después con ellos, la maravillosa ropa de los diablos de la "Fraternidad".